

¿Y por qué las hicieron? ¿Las unas
a las otras ciudades igualan?
¿son pocas? ¿son muchas? ¿su cifra es muy larga?
¿y de dónde vienen los cambios que alternan
la risa con lágrimas?
y de dónde vienen
las mejillas pálidas?
y con todo éllo
los hombres ¿qué ganan?
¿qué ganan
estos juegos sublimes y eternos
que somos nosotros, que son nuestras almas?
¿seguimos siquiera
la meta deseada?
¿de qué pueden servirnos las cosas,
las innúmeras cosas miradas?...

... Y, con todo, muchísimo dice
el que dice: ¡la Tarde! palabra
que destila sentido muy hondo
y un raudal de tristeza que mana
cual la miel que en suavísimos grumos,
de los huecos panales resbala...

SUEÑO VIVIDO.

(De HUGO VON HOFMANNSTHAL.)

El Valle del Crepúsculo llenaban
perfumes grises de color de plata,
como cuando la luna se tamiza
por entre nubes de borrosas tintas.
No era la noche sin embargo. Presto
con los aromas de matiz de argento
se disiparon en el valle oscuro
mis vagos pensamientos de crepúsculo,
y entre las aguas de una mar tranquila
me hundí callado... y se me fue la vida.
Ví cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra;
y en corrientes de tinte anaranjado
— como tibios fulgores de topacio —
una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,
y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica.
Y sin lograr siquiera comprenderlo
mi turbada razón, pero sabiéndolo,
clamaba sin cesar entre mi mente,
que aquella realidad era la Muerte...
y la Muerte hecha música; la hermana
de los hondos anhelos; la que ama

a los séres que viven, y los busca,
toda vigor entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma
lloraba por la vida una Nostalgia,

y lloraba y lloraba como llora
el que se va — llevado por las olas
en una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas —

que a los tenues fulgores del ocaso,
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna:

y se ofrecen las calles a sus ojos
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira los aromas otoñales,

y se finge de pies entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

transido de inquietud, con las pupilas
arrasadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada...

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,
sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul oscuro,
sobre los viejos mástiles tendidas
¡melancólicas velas amarillas!...

EL SEÑOR DE LA ISLA.

(De STEFAN GEORGE.)

El Señor de la Isla
que hay en el Sud, nos dijo la leyenda
que narraban sencillos pescadores,
a la luz del hogar, bajo su tienda:

en la Isla dorada,
donde perfuman como abiertos pomos
ricas gomas y verdes cinamomos;
en la Isla silente,
donde, al canto de límpida corriente,
brillan las gemas de color sūave,
hubo un extraño morador: ¡un ave!
De pies en la ribera,
su pico de marfil descogollaba
la más alta palmera;
cuando sus alas, rojas
como sangriento caracol de Tyro,
turbaban el murmullo de las hojas
al revolar en el ambiente puro,
lentas, pesadas, flojas,
asemejaban nubarrón obscuro.

De día siempre oculta
bajo las ramas, al caer la tarde
posábase del mar en las orillas,
donde mezclaba el viento,
del ave rara el flauteado acento
y el olor de las algas amarillas.

Sacando la cabeza, los delfines
amadores del canto
llegaban de los últimos confines
en constelado coro,
y al golpe musical de sus aletas
cruzaban por el piélago saetas,
chispas doradas y plumajes de oro.

Así vivió los siglos. Indiscreto
el ojo de la humana criatura
no la midió, violando la espesura:
el náufrago tan solo,
que de sus antros lóbregos Eolo
arrojó sin piedad, tal vez la oyera
cantando en la ribera
al morir de una tarde silenciosa...

Cuando por vez primera
llevó su leño un ágil navegante
a la Isla distante,
se puso el ave a contemplar a solas
lo triste de la estela
en las intactas olas
donde flotaba la dormida vela,
y subiéndose al ápice de un monte
vió por última vez el horizonte
de su playa querida,
de su Isla desierta,
y, las alas enormes desplegadas,
con grandes voces de dolor ahogadas
llenó la inmensidad, y cayó muerta...

MOZO DE ALDEA.

(De STEFAN GEORGE.)

El tímido mozo de aldea,
cuando muere el sol, a su casa
se dirige, haciendo a menudo
silbar tres sonos en la flauta:

Es el uno como el lamento
que desde sus sepulcros lanzan
los antepasados que, en muerte,
a Dios ofrecieron el alma;

el otro su virtud oculta
roba a la fúnebre tonada
que murmura junto a las ruecas
un grupo afligido de hermanas,

o dice las mudas congojas
de las doncellas desgraciadas
que salen a vagar de noche
en conquista de pan y agua...

Y es como el grito de la ira
(a la vez pecado y venganza).
el último són que repite
el tímido mozo en la flauta:

En esa simple cantilena
hay un acento que amenaza
con el viejo puñal mohoso
de burda y azulosa vaina,

y con el dolor transmitido
a las tribus desheredadas,
bajo el signo del astro funesto
que dió su luz a muchas casas...

LAS GUACAMAYAS.

(De STEFAN GEORGE.)

Mis guacamayas blancas tienen
penachos de color de azafrán,
y, entre su jaula, cabecean
en tenues aros de metal.

Sin cantos ni gritos se duermen
y las alas no abren jamás:
mis guacamayas blancas sueñan
con sus dátiles y su palmar...

ANIVERSARIO.

(De STEFAN GEORGE.)

Hermana, toma el cántaro
de tierra gris ;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí :
Hoy há siete veranos que lo vimos :
recuérdala... En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros !
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos : Hoy, hermana,
iremos á buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

INTERPRETACIÓN.

(De PETER ALTEMBERG.)

El joven estaba leyéndole a la dama joven y pálida
EL ANIVERSARIO, de Stefan George.

“Lee usted de una manera, dijo ella. ¡Tal parece
como si fuera el poeta! ¿En dónde está la belleza de
esta poesía? Yo la siento solamente... Si usted tuviera
la bondad de contármela.”

El respondió: “Lo bello está en la sencillez de la
tristeza. Los novios murieron, dice el poeta. Las novias
dicen sencillamente: “El día del aniversario iremos a
traer agua de la fuente, en el cántaro de tierra gris, en
aquel sitio de la pradera en que se alzan dos álamos y
un haya.” “Gracias,” dijo Paulina.

Y luego añadió: “¿En qué está la tristeza de esta
poesía?”

“En nada. La tristeza es así. Sucesos de la vida
diaria, pensamiento silencioso a la orilla de la fuente, en
la pradera, donde hay dos álamos y una haya.”

Silencio...

Paulina se inclinó un poco hacia adelante, con las
manos puestas sobre las rodillas, y dijo: “¿Tiene usted
una manera de explicarlo! Da una con lo triste, lo
palpa. ¡En verdad, usted es el poeta!”

“¡Ciertamente, yo soy el poeta!”

“¡Ah!... Y ¿qué es Stefan George?”

“El poeta.”

“¿Y yo?”

“El poeta. ¡Los tres juntos somos el poeta!”

CONSTANCIA.

(De LUIS DE CAMOENS.)

Siete años ya Jacob servido había
al padre de Raquel, guapa doncella,
mas no sirve a Labán, la sirve a ella,
ya que a ella por gaje pretendía.

Los días, esperando un solo día,
pasaba, contentándose con ella,
mas el padre, birlándole la bella,
en lugar de Raquel le entrega a Lía.

Viendo el triste pastor que con engaños
así desvanecían su quimera,
con tan duros empeños perseguida,

poniéndose a servir otros siete años
dice: ¡Más serviría si no fuera
para tan largo amor tan corta vida!

NOCTURNO.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

Je suis celui au cœur vestu de noir ?

CH. D'ORLEANS.

En la viudez de la alameda
por el árido suelo
pasan hojas secas danzando...
Paisaje vago como el revés de una seda...
Eriales que el crepúsculo mulle de terciopelo.

Como princesas despojadas
en la selva por los ladrones,
las encinas acongojadas
que repelen los aquilones,
lloran en coro de aficciones,
yertas, medrosas, erizadas...
Todo en rededor es ceniciento,
es ceniciento...

Unas fuentes llaman a otras...
Como lanzas hostiles al viento
tiemblan las cañas del cañaveral;
y unas fuentes llaman a otras
como ciegas perdidas entre un pinal;
cual esbeltas emperatrices
bárbaramente destronadas,
las encinas acongojadas
rígidas lloran y erizadas...

Se demoronan sus raíces,
sus almas hieren siete espadas,
reinas que el ábrego cobija,
pobres reinas de herido pecho,
¿de cuál, decidme, será hecho
el lecho angosto de mi hija?

Surge la luna de cabellos blancos...
A su fulgor los montes ciñen doradas fajas...
Y se ponen los muertos a secar sus mortajas...
La luna riega sus cabellos blancos.

Por las desiertas avenidas
largas, tristísimas, profundas,
las encinas adoloridas
son como santas moribundas...

— Arboles negros cuyo són
viene a espinar mi corazón:
¿cuál con tierna solicitud
servirá para mi ataúd?

Calló el viento... del éter fluye dorado río...
Como una afable, tímida enfermera,
inclínase la luna sobre la cabecera
de las aguas dolientes de un pantano sombrío.

Muerto, cansado de sus giros,
huyó el viento a la soledad;
las encinas acongojadas
ya no lloran, sólo suspiros
dan a la yerta claridad.

— ¡Oh sedientas de la mañana!
¡Oh sedientas de luz radiosa!
¿dónde vivirá vuestra hermana,
la que verdecerá en mi fosa?

LA CORONA DE ROSAS.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

A fin, oculto amor, de coronarte,
para adornar tus crenchas luminosas,
una corona entretejí, de rosas,
y anduve sin cesar para buscarte.

Y nunca te encontré, creyendo hallarte
en el núbil tropel de las hermosas,
fuias besando, fuias dando rosas
de esa corona del amor y el arte.

Traigo, de caminar, los miembros lasos;
me acuchillan los vientos, las heladas,
ya no sé lo que son noches serenas.

Y hoy te siento venir, oigo tus pasos;
mas ¡ay! ¡entre mis manos desgarradas
la corona de espinas tengo apenas!

AMOR VERDADERO.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

Tu indiferencia aumenta mi deseo;
cierro los ojos yo por olvidarte,
y cuando más procuro no mirarte
y más cierro los ojos, más te veo.

Humildemente en pos de tí rastreo,
humildemente sin lograr cambiarte
cuando alzas tu desdén como un baluarte
entre tu corazón y mi deseo.

Sé que jamás te alcanzará mi anhelo,
que otro feliz levantará tu velo
¡y estrechará tu juventud en flor!

Y en tanto crece mi pasión y avanza:
es medio amor amar con esperanza,
y amar sin ella, ¡verdadero amor!

DESPUES DEL DILUVIO.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

¡ Resurge al fin la tierra! Y el rubio Sol rizado
la besa, de amor ciego, cual un enamorado
que, loco de placer, lánguidamente abraza
a su novia gentil, inocente rapaza
que entre arrullos, sonrisas y suspiros despierta
dentro del blanco esquife en que iba como muerta.
¡Cómo la mima el Sol!

Y la tierra amorosa,
ansiendo que su amigo la vea muy hermosa,
para vestir sus galas ni leve instante pierde:
del bosque musical ciñe la gasa verde;
vítese los trigales de seda; en el cabello
se pone azules lagos de zafiral destello;
se aprieta á la garganta los ríos cristalinos,
como grandes collares de globos diamantinos...
gráciles, virginales, turbadas de rubores,
destellan sin cesar sus sonrisas — ¡ las flores!...
y en dirección al Sol, ágiles y süaves
vuelan las melodías de sus besos — ¡ las aves!

CREPÚSCULO.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

PRIMERA VOZ.

Oh peregrino, que estás llorando,
dí, ¿por qué lloras?
vente conmigo: reirán cantando
todas las horas.

¡Vente, no tardes! Soy el Amor,
¡quiero dar alas a tus deseos!
En lindas bocas — tazas en flor,
beberás muchos besos hibleos.

SAGRAMOR.

¿Besos?... Los besos son fiebres locas,
¡veneno son!
Deshojan rosas sobre las bocas
pero abren llagas al corazón.

SEGUNDA VOZ.

Aquí está el oro, montes de oro,
¡toma! no llores...
Con los ducados de mi tesoro
tendrás palacios, gemas y flores.
Contémpla, vé
cuán rubio el oro, vé cómo esplende...

SAGRAMOR.

¿Oro?... ¿Y á qué?
La humana dicha nadie la vende...

TERCERA VOZ.

¿Por qué tus quejas desesperadas
y ese sombrío doliente modo?
¡Vámos! haremos lindas jornadas.

SAGRAMOR.

Breve es el mundo. Corrílo todo...

CUARTA VOZ.

Yo soy la Gloria, genio jocundo
de un radioso país solar...
¡Serás el bardo mayor del mundo!

SAGRAMOR.

Dicen que el mundo debe acabar...

QUINTA VOZ.

Serás un sabio: ¡desde mi estancia
verás en breve todo aclarado!

SAGRAMOR.

Si conservase yo mi ignorancia
nunca sería tan desgraciado...

SEXTA VOZ.

Yo soy la Muerte conquistadora,
guardo misterios, arcanos vedo...

SAGRAMOR.

¡Oh, no me lleves! Andate ahora,
¡me causas miedo!

SÉPTIMA VOZ.

Yo soy la Vida. Ya que el morir
te causa miedo, tendrás mil años.

SAGRAMOR.

¡ Por Dios! Ya basta de atroz sufrir.
¡ Los desengaños!

MUCHAS VOCES.

¡ Pide exquisitos, dulces placeres!
¿ Ser astro quieres? ¿ ser rey, o qué?
Vamos, respónde: ¡ díme qué quieres!

SAGRAMOR.

No sé... No sé...

CATALINA DE ATHAIDE.

(De EUGENIO DE CASTRO.)

Repousa lá no ceu eternamente.

(LUIS DE CAMOENS.)

Si antes que solitario peregrino
niña fuese de gesto melodioso,
y destinos me diese un Dios piadoso
a escoger, escogiera tu destino.

Te dió el Señor el lirio cristalino,
que desama el vaivén de impuro gozo,
y lo tomaste intacto y luminoso,
y así lo conservaste, ingenuo y fino.

Fue tu ilusión un hada cariñosa,
como una sombra de floridos ramos,
mano sedeña que prodiga mimos...

¡ Feliz! ¡ Feliz! tuviste — venturosa —
el perfume de cuanto ambicionamos
sin la acritud de cuanto poseímos.

LA MOSCA AZUL.

(De MACHADO DE ASSIS).

Era una mosca azul, alas de oro y granada,
hija de China o del Transvaal,
que brotó de los pétalos de una rosa encarnada,
en una noche tropical.

Entre vuelo y zumbidos, y zumbidos y vuelo
fulguraba al rayo del sol
y la luna. Envidiara el brillo de su velo
el diamante del Gran Mogol.

Un rústico la vió, y asustado y contrito,
al instante la interrogó:
— “Mosca, ese refulgir que más parece un mito,
cuéntame ¿quién te lo enseñó?”

Ella, volando entonces, le dijo estas verdades:
“yo soy la Vida y soy la Flor
de las gracias, la Fuente de las ingenuidades,
soy la Gloria y soy el amor.”

Y él comenzó a mirarla con un extraño modo,
quieto y mudo como un fakir,
como alguien que se alela olvidado de todo,
sin comparar ni discurrir.

Sobre las alas tenues, al cruzar el espacio,
una cosa le pareció
animarse, con toda la pompa de un palacio,
Y al ver un rostro, dijo: ¡Yo!

Era él, hecho rey; el rey de Cachemira
que ceñía por todo tisú,
un collar gigantesco, portentosa mentira,
robado al cuello de Vischnú.

Cien mujeres en flor, núbiles bailarinas,
a sus plantas en un salón,
desperezan la gracia de sus formas divinas,
enloquecidas de pasión.

Mudos, graves, *de pie, cien hoscos agareños
con abanicos de avestruz
refréscanles muy paso los aromados senos
que palpitan ante la luz.

Vino después la Gloria: veinte reyes vencidos,
y, al fin, el séquito triunfal
de trescientas naciones, y los votos rendidos
de toda corte occidental.

Mas lo mejor del caso fue q'en el rostro abierto
de toda mujer o varón,
como en agua que deja el fondo descubierto
se podía ver el corazón.

Entonces él, tendiendo la mano áspera y tosca,
hábil sólo para aserrar,
dióle con el envés a la brillante mosca,
con el ansia de examinar.

Quiso mirar, saber la causa del misterio
y, cerrando la mano, rió
de contento al pensar que llevaba un imperio,
y para su casa corrió.

Alborozado llega, examina, parece
engolfado en su ocupación
prolijamente como un hombre que quisiese
hacer la autopsia a su ilusión.

Disecóla a tal punto y con tal arte, que *ella*,
rota, sin brillo, sucia y vil,
sucumbió, y al instante se desvaneció aquella
visión fantástica y sutil.

Y él hoy la busca en vano, de mirra y cardamomo
ungido su manto de tul;
dicen que está demente y que no sabe cómo
¡ se le perdió su mosca azul!

SONETO.

(De OLAVO BILAC.)

Poco me importa si burláis riendo
estos versos purísimos y santos,
pues en esto de amor e íntimos llantos,
de alabanzas del público no entiendo.

¡ Hombres de piedra! alguno habrá entre tantos,
(uno tal vez) que esta pasión sintiendo,
aquí se ponga a remirar, midiendo
la vida que palpita en estos cantos.

Ese será mi público. De cierto
exclamará: "Puede vivir tranquilo
quien ama así y es, a su turno, amado."

Y pensará, de lágrimas cubierto,
que aqueste viejo cuento sin estilo,
¡ jamás oyó con tanto ardor contado!



